

envolvimiento económico y según la modalidad del sufragio, el sistema representativo sirve á los intereses de clase más diversos, y ha recibido los más diferentes caracteres.

Después de haber sido durante medio siglo el instrumento de dictadura de la aristocracia, la Cámara de los Comunes fué, durante el otro medio, el instrumento de dictadura de la burguesía industrial. Pero ésta ha perdido ya su hegemonía; el proletariado está ya en estado de dejar sentir desde el Parlamento su acción sobre la política interior y se acerca á pasos de gigante el día en que el omnipotente Parlamento inglés sea un instrumento de dictadura entre las manos del proletariado.

### XIII

#### EL PARLAMENTARISMO Y LA CLASE DE LOS TRABAJADORES

Si sostenemos que hay parlamentarismo y parlamentarismo, que la forma parlamentaria es un arma que puede servir y que ha servido á las clases y partidos más diferentes, no queremos con esto pretender que la existencia del parlamentarismo favorezca en el pueblo á ciertos grupos en detrimento de algunos otros.

Hemos visto que entre las funciones que tiene que llenar un Parlamento, hay algunas que no son muy sencillas. Como cada función, en la división actual del trabajo, la del parlamentarismo reclama conocimientos y cualidades especiales; reclama el hábito de usar la palabra, un horizonte intelectual bastante extenso para comprender los asuntos de significación general, nacional é internacional; reclama, en fin, un cierto grado de cultura jurídica, económica é histórica, á lo menos para todos los diputados que quieran ó puedan ser algo más que un simple «rebaño de votadores».

En consecuencia, los parlamentarios se reclutan en el seno de estas clases cuya actividad pro-

fesional lleva en sí misma la adquisición de las cualidades que acabamos de indicar, como los abogados, profesores, periodistas, funcionarios, etc., ó en el de aquellas que tienen espacio suficiente para que sus miembros, si quieren, puedan apropiarse los conocimientos y aptitudes necesarias al diputado, grandes capitalistas, grandes propietarios y otras parecidas. Y la idea de que el parlamentarismo es, por encima de todo, una representación de la burguesía, esta idea, tomada en su sentido más lato, recibe una cierta justificación.

Recibía por lo menos esta justificación al tiempo en que Rittinghausen concebía su proyecto de legislación directa. Hoy ya no la tiene, pues entre aquel tiempo y hoy media un período de gran pujanza para el proletariado.

Al principio, lo mismo que los pequeños burgueses y los pequeños labradores, estaban los proletarios faltos de todas las aptitudes que supone el parlamentarismo. Pero esto ha cambiado durante el curso del movimiento de la masa proletaria.

Hemos visto cómo los pueblos y las pequeñas ciudades estaban económicamente aislados unos de otros. Eran unidades «en sí». Este aislamiento dura aún en gran parte. El desenvolvimiento de la producción capitalista, el militarismo en particular, los impuestos públicos, los caminos de hierro y los periódicos, han despertado no poco en el campo y en las ciudades pequeñas, una conciencia nacional y que se interese por los asuntos del Estado; pero no obstante, toda-

vía dominan en su vida pública las cuestiones locales; sólo en circunstancias particularmente importantes, elecciones generales, declaración de guerra, etc., es cuando se desarrolla una vida política más movida, un alistamiento en los partidos, una adhesión á uno ú otro de los que más importancia tienen en la política. Pero fuera de estos momentos, raro es que participen de un modo durable y eficaz en la vida pública; nada de actividad constante ni de organizaciones permanentes: en los tiempos tranquilos, la política del pueblo ó de la pequeña ciudad se limita á discursos de café.

Para los pequeños burgueses de las ciudades grandes es muy distinto. Se encuentran éstos en medio de la corriente de las grandes luchas políticas, no pueden sustraerse á su acción y se ven arrastrados á una participación constante en la vida pública. Sin embargo, también estos se adhieren con dificultad á organizaciones políticas permanentes, pues están también aislados económicamente unos de otros. Cada cual trabaja para sí mismo en una empresa privada. Y no sólo trabajan aisladamente, sino también unos contra otros; la concurrencia fuerza á cada uno de ellos á prosperar á expensas de sus vecinos.

Y por todas partes, en la ciudad y en los campos, existen entre los pequeños propietarios infinitas gradaciones de propiedad y de rentas; el más favorecido mira con desprecio al que se encuentra más bajo que él, y éste mira al más favorecido con envidia. Todas estas circunstancias son desfavorables á una concentración del

conjunto de los pequeños burgueses y pequeños labradores en grandes organizaciones distintas: las dificultades son casi insuperables. Estas clases rara vez se elevan por encima de las pequeñas reuniones corporativas ó locales, encaminadas á fines efímeros.

La industria, por el contrario, aglomera á los obreros por millares y millares en un corto número de centros, en los que trabajan unos al lado de otros y en las mismas condiciones. La mayor parte de entre ellos no puede mejorar su situación á expensas de sus compañeros, sino que, por el contrario, sólo uniéndose entre sí puede hacerlo. Si las condiciones en que trabajan los labradores y artesanos se oponen á su organización, las condiciones en que trabajan los obreros les impulsan á reunirse en grandes masas. De aquí la operación de que ya hemos hablado en el curso de este trabajo, entre la dispersión incoherente de los labradores y pequeños burgueses, y la organización sólida, el sentimiento de solidaridad y disciplina que distingue á los trabajadores.

La actividad, en estas organizaciones, produce necesariamente estas aptitudes que precisamente necesitan los parlamentarios; el hábito en el uso de la palabra, finura de comprensión, inteligencia de las cuestiones de organización y de administración, cultura jurídica. Los obreros que tienen acción en el seno de las organizaciones, deben esta última cualidad á las autoridades, que siempre han mirado con suspicacia á las asociaciones de trabajadores echando mano de los

medios posibles para refrenar su marcha. Y como á los obreros les parece claro que no se trata sólo de las leyes como principio, sino también su mismo texto, aprenden á conocer todas las sutilizas de la casuística jurídica, quedan obligados á estudiar las leyes y su espíritu para hacer valer los pocos derechos que éstas les conceden, así como también para denunciar todas las ilegalidades que se cometen contra ellos. La situación de clase del proletariado les permite adquirir, no sólo aptitudes parlamentarias, sino también una general cultura política más fácilmente que al pequeño burgués y sobre todo al pequeño labrador. Este está ligado á la tierra y no conoce más mundo que el que tiene inmediatamente á su alrededor. El obrero está desligado de la tierra, viaja, aprende á conocer otros países, y hasta, si permanece en el país natal, trabaja con extranjeros. Así tiene, pues, quien le abra más los ojos, quien le libre de muchos prejuicios y le proporcione preciosos conocimientos. Véase ahora otra circunstancia más importante aun: el artesano, como el labrador, es no sólo un trabajador, sino también un comerciante; terminado su trabajo no es un hombre libre; sus negocios le sujetan aún con fuerza y la poca energía que le queda después de su trabajo, debe aplicarla á calcular y á computar, y esto en tanto más en cuanto peor vayan sus negocios.

El obrero—á lo menos el hombre—es, una vez hecho su trabajo, un hombre libre, sus pensamientos vuelan por el mundo entero. Y en cuanto mejor conoce la solidaridad que le liga á sus

compañeros, mejor ve que, como individuo, no puede mejorar su situación, y más fácilmente se interesa en las cuestiones que conciernen á su clase toda entera y á su posición en la sociedad.

Es un hecho reconocido hasta por los escritores burgueses que la cultura política general, y sobre todo económica, está mucho más extendida en los círculos obreros que en los burgueses y rurales secundarios, y hasta en la burguesía.

De este modo el movimiento de la masa proletaria forma oradores y políticos que están en perfecto estado de ponerse enfrente de los parlamentarios burgueses y hacer valer, no sólo los intereses particulares de los trabajadores, sino también los intereses generales del desenvolvimiento social entero. El proletariado militante llega á hacerse una de las clases en que se reclutan los parlamentarios. Allí donde existe un movimiento obrero, avanzado, la participación activa en el trabajo parlamentario deja—con el sufragio universal—de ser monopolio de las clases pudientes.

Pero el proletariado militante no se limita á producir parlamentarios, sabe también mantenerlos bajo su inspección. Y he aquí lo que es más importante todavía. Nada tan erróneo como la idea de que los intereses determinados de las clases no acertarían á ser defendidos en el Parlamento más que por miembros de estas clases, y que una clase estará segura de no ser traicionada si sólo manda al Parlamento sus propios miembros; son muchos los hombres salidos de la burguesía que pueden figurar entre los mejo-

res defensores de la clase obrera, y no son pocos los obreros que han hecho traición á su clase. Una clase no puede estar segura de que sus intereses son siempre defendidos en el Parlamento por sus representantes con energía y consecuencia, más que, si no contentándose con enviarles, les vigila, y anima constantemente su actividad parlamentaria.

Los pequeños burgueses y campesinos, dispersos como están, carecen de medios de ejercer esta vigilancia: en cualquier sitio que formen el núcleo de los electores, son las más de las veces engañados, y esto en tanto más en cuanto más poderoso es el Parlamento.

A pesar de todos los defensores de abandonarlo todo á su suerte, es el Estado actual una enorme empresa económica; su influencia sobre toda la vida económica de la nación es ya hoy día incommensurable. En un Estado centralizado, sometido á un régimen parlamentario, todo este poder económico, la solución, no sólo de los asuntos de clase, sino también directamente de los miles y miles de asuntos privados, queda en gran parte en manos de los diputados. A qué tentaciones quedan sometidos y cuán pocos se encuentran en estado de resistirlas en una sociedad en la que el «enriqueceos» es la consigna universal, y en que la riqueza hace olvidar todas las infamias, he aquí una cosa que no es difícil de comprender (25).

(25) Los adversarios absolutos del Parlamentarismo, se apoyan de buena gana en esta corrupción que lleva

Pero aun cuando este punto de vista no entrase en juego, labradores y habitantes de ciudades pequeñas han sido hasta aquí engañados por sus representantes en el Parlamento, pues no estando en estado de constituir sólidos partidos distintos, estas clases se han puesto siempre á remolque de una fracción cualquiera de las clases directoras, capitalistas ó propietarios rústicos. No sólo se servían de sus defensores, sino que imponían á estos como un deber la defensa al mismo tiempo de los intereses de los grandes propietarios como la de los de los pequeños. Lo cual era imposible, y los diputados salidos de las clases ricas, cuya influencia sentían constantemente, ante la oposición de tales intereses, se decidían naturalmente por éstas.

En fin, debe considerarse además que aquellas están en decadencia, y que sus intereses de clases están frecuentemente en antagonismo con el desarrollo social general. Y precisamente, hablando desde el punto de vista de las clases pudientes, los campesinos y los habitantes de ciudades pequeñas deberían llegar en muchos casos á reivindicaciones que habían de parecer irrealizables.

consigo. Olvidan que aunque se suprima el Parlamentarismo, no se suprime por ello la acción corruptora del capitalismo sobre el Estado. El centro de corrupción quedaría sólo trasportado del Parlamento á la burocracia, y prosperaría aquella lozanamente asegurada como habría de quedar contra las revelaciones, de muy distinto modo que en el Parlamento — por tanto tiempo como tardase en estallar todo el sistema social. Diríjase la vista á Rusia y á Turquía.

Los diputados que se atienen al punto de vista de las clases poseedoras, y que han sido elegidos representantes de las clases agrícolas y de pequeños burgueses, deben casi siempre de engañar á sus electores hasta al llegarles la ocasión de conservar su honor personal y de permanecer fieles á sus principios políticos.

Lo que sucede á estas clases engañadas, sucede también á los trabajadores siempre que no estén todavía constituídos en un partido político distinto.

✓ Pero la lucha de las clases conduce en todas partes, tarde ó temprano, á la formación de un tal partido. Así como por sus condiciones de vida están los obreros forzados á reunirse en poderosas organizaciones económicas para cada oficio, así también se ven finalmente obligados á traspasar los límites de la corporación y fundar una organización política que abrace á la clase entera en todo el Estado. Y si la formación de un partido obrero independiente es el resultado necesario de las circunstancias, necesaria es también su penetración por el espíritu revolucionario — si es que no reviste este carácter desde el principio — y su transformación en Democracia Social.

Esta cohesión, esta disciplina, esta «tiranía» que distingue á las organizaciones económicas obreras son también peculiares á los partidos obreros. Y esta disciplina no reza sólo con la masa, sino también con los que la defienden ante el público, con los que la conducen. Ninguno de ellos puede en circunstancia alguna acometer una